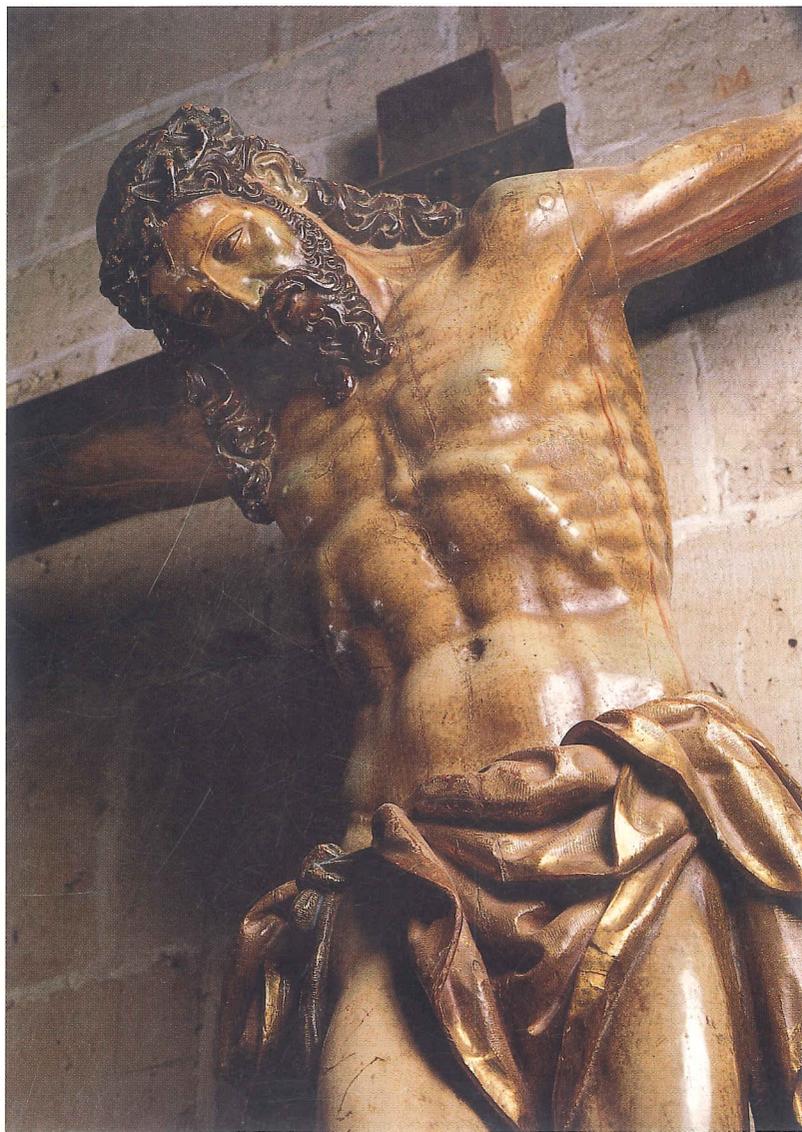


PREGON

SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO

1999



PREGON DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
1999

Carlos de la Casa Martínez

© Junta Local de Semana Santa
© del texto, su autor
Portada: Santo Cristo de la Paz

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. A.
Paraíso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 170.-1999

PROCLAMA:

En el nomen del Padre que fizo el Cielo y la Tierra y en el del Hijo que nació de Santa María Gloriosa y del Espíritu para sufrir Pasión y Muerte, resucitando glorioso... Invocando a María Señora de Castilviejo, al Santo Juan Bautista y a San Yago Peregrino, fago el servicio de proclamar por Rúas y Plazuelas de esta noble Medina de Rioseco que:

Por los muy honorables Regidores del Concejo, Señores de Justicia, Clérigos y Homes Buenos presididos por la **VARA MAYOR** de la Semana Santa y todos los hermanos de las cofradías penitenciales han acordado ayuntados por la Fe, la Esperanza y la Caridad que hoy 27 de marzo se haga la Proclama Pública y Pregonera en el Templo de Santo Domingo y a las 8,30 de la tarde para que ante todos ellos y el pueblo fiel se enaltezcan los valores Redentores de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Sepades que esta proclama pregonera la dirá el Excmo. Señor Don **Carlos de la Casa Martínez**, Licenciado en Historia Moderna y Doctor en Historia Medieval.

Lo fago por mandato del Sr. Presidente de la Junta Local de Semana Santa Don Alberto Castrillo González.

Dado en la Cuaresma del último año del siglo XX, bajo el Reinado de Juan Carlos I: EL REY.

Item más, al recordar que estamos en el umbral del III milenio de la Era Cristiana, damos públicas gracias a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu y pedimos oraciones para que Su Santidad Juan Pablo II, vicario de Cristo en la Tierra siga pastoreando con singular tino la Iglesia Católica Universal.

Año de Gracia vigésimo cuarto del Reinado de Juan Carlos I.

ARCHIVASE EN EL LEGAJO
CORRESPONDIENTE DEL AÑO DE 1999

FIRMADO Y SIGNADO POR
EL ESCRIBANO MAYOR

PRESENTACION

Con autorización expresa del Rvdo. Sr. Cura Párroco de Santa María y Santiago, Don **Gabriel Pellitero Fernández**.

Excmas. e Ilmas. Autoridades, Cofradías y Hermandades, Presidentes, Hermanos Mayores, Señoras y Señores:

Cuando se comenta, publica o pregona un hecho o acontecimiento lejano en el tiempo y que de forma continuada se viene conmemorando, se convierte en tradición con el carácter de lo evidente.

Para que estas costumbres sean transmitidas a futuras generaciones, venimos a recordar con el inicio del Pregón, el que sin duda ha sido el acontecimiento más universal de todos los tiempos: **La Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo**.

En la tarde de hoy ya se ha proclamado por rúas, plazas y mentideros a toque de Parda y redoble de tapetanes, que: **el Excmo. Señor Don Carlos de la Casa Martínez**, Licenciado en Historia Moderna y Doctor en Historia Medieval, pronunciará el **PREGÓN**.

A su capacidad intelectual y sensibilidad humana, hemos de unir su conocimiento de nuestra **SEMANA SANTA** en no pocas ocasiones por él presenciada, y, sobre todo, por cuanto en favor de la misma ha hecho.

Nuestro reconocimiento por haber accedido a pregonar tan singular e importante acontecimiento en esta Ciudad. Su presencia nos honra. No dudamos que su participación nos dejará un más alto y profundo conocimiento de nuestras tradiciones.

Don Carlos, muchas gracias y Ud. tiene la palabra.

ALBERTO CASTRILLO GONZALEZ
Presidente de la Junta

FE E IMAGINERIA RIOSECANA –SIGLOS DE GLORIA–

PREGON DE SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO - 1999

Vara Mayor.

Reverendo Señor Cura Párroco de Santa María Mediavilla y Santiago.

Mayordomos de las Cofradías de:

- La Oración del Huerto.
- Jesús atado a la Columna.
- La Flagelación.
- Ecce Homo.
- Jesús Nazareno de Santiago.
- Jesús Nazareno de Santa Cruz.
- La Desnudez.
- La Pasión.
- La Dolorosa.
- La Crucifixión.
- La Paz y Afligidos.
- Del Descendimiento.
- La Piedad.
- Santo Sepulcro.
- La Soledad.
- La Resurrección.

Excmas. e Ilmas. autoridades.

Señoras y Señores.

Hermanos en Cristo.

Nunca hubiera imaginado que algún día llegaría a ocupar esta privilegiada tribuna, en el incomparable marco de esta iglesia conventual de Santo Domingo y ante un auditorio que confía a mi pala-

bra la enorme responsabilidad, pero también el honor, de abrir las celebraciones de la Semana Santa en esta querida ciudad de Medina de Rioseco. Mi agradecimiento por siempre a la Junta de Semana Santa que me ha elegido y distinguido con el privilegio de ser su pregonero y de inscribir mi nombre en la ilustre lista de personalidades, de todos los ámbitos de la cultura, la teología y la ciencia, que me han precedido en este honroso menester.

En medio del cúmulo de sensaciones que en este momento me embargan, una inquietud principal domina sobre todas, el sentido del deber ante tan importante compromiso, paralelo a la inquietud por ser capaz con mi palabra de transmitir a todo el auditorio cuanto un hombre de esta tierra, que ama profundamente la tradición y la historia de nuestro pueblo, y a cuya recuperación y cuidado ha entregado muchos años de su esfuerzo y dedicación, siente en lo profundo de su alma ante el milagro de la Fe y el fenómeno artístico y cultural que supone la Semana Santa en nuestra Comunidad.

Nada en Castilla y León puede entenderse desvinculado del contexto del Misterio de la Redención. Cristo y los episodios de su inmolación salvífica han presidido siempre el ser y el devenir de los hombres y los pueblos que conforman esta tierra y es a la luz de la fe, y desde la más noble expresión de la misericordia y la esperanza, desde donde los artistas castellanos y leoneses han logrado construir un universo de inigualable belleza, que, con el correr de los siglos, ha pasado a constituir el fundamento de nuestra identidad cultural y el legado espiritual y patrimonial más importante de todo cuanto supone nuestra historia.

Todo esto quizá se entienda mejor que en ningún sitio en esta ciudad de Medina de Rioseco, que se deja abrazar calladamente por sus majestuosas iglesias, tendida mansamente sobre el regazo duro de un campo que tomó el apelativo de godos, y sobre el que la reja del arado abrió surco en la tierra y fecundó la aridez de su paisaje dando luz con sonora redundancia a una perspectiva de sol y de esperanza que entró en la historia con el nombre de Tierra de Campos.

Implorando misericordia al cielo, con un puñado de tierra en la mano, el hombre de esta tierra comenzó a escribir el libro de su historia. Así nacieron y se desarrollaron las tradiciones, así fructificó y

arraigó la fe, sobre esta base floreció la cultura y la ciencia y en este ejercicio humilde de sometimiento a la voluntad divina enraizó el sentimiento y adquirió sentido trascendente la práctica cristiana. Y cuando se cumplió el tiempo del agradecimiento, los habitantes de Medina de Rioseco mostraron a Dios su gratitud por su infinita bondad para con ellos y crearon un monumento imperecedero a su memoria cristiana, la Semana Santa más auténtica de cuantas se celebran en nuestro país.

Nos resultaría imposible, desde nuestra inexperiencia, penetrar en la espesa bruma que oscurece los siglos en los que comienza a despuntar el germen de lo que luego será la celebración de la Pasión de Jesucristo. Pero sin duda su raíz primera y su razón de ser se encuentra en la atracción, el entusiasmo y la función didáctica que sobre los pueblos tuvieron las representaciones populares y la puesta en escena de los hechos y acontecimientos más significativos en su historia. Las referencias literarias nos han dejado constancia de aquellas primeras celebraciones religiosas que, en la Edad Media y arrancando de tradiciones y fórmulas paganas, llevaron a las iglesias, en una mezcla lúdico-religiosa, los tropos y los Autos de Pasión. Eran momentos para el pueblo, ocasión para arrinconar el ritual religioso y para dar rienda suelta al sentir popular, porque era el pueblo quien al margen de la liturgia oficial, que en aquellos momentos abandonaba en Castilla el rito mozárabe en favor del romano, quien interpretaba los misterios de la religión y revivía en humilde y tosca representación su auténtica dimensión religiosa.

Sea como fuere, podemos decir que en el principio estuvo la fe, y la fe fue el soporte sobre el que sobrevivió a lo largo de los siglos oscuros la tradición de las celebraciones de la Pasión que figuran ya documentadas en los siglos XIV y XV, aunque con carácter siempre litúrgico o caritativo. Estas celebraciones religiosas en algunas ocasiones incluían recorridos a través de las parroquias de la ciudad con el fin de cumplir «las estaciones» y eran las festividades de la Pascua, «el Jueves de la Cena» y «el Viernes de la Cruz» los tres elementos básicos sobre los que se centraba el misterio de la Pasión.

Luego la iglesia se quedó pequeña y la calle reclamó su protagonismo, el hombre castellano necesitaba acercarse a Dios, a cielo

abierto, compartir su desconsuelo con el Crucificado, descubrir en la resignación y en la mansedumbre del Cordero Inmolado, el secreto del sufrimiento con que la vida nos fustiga despiadada y entender que también en el dolor Cristo fue el primero, el más injustamente tratado y el Maestro. Surgen las primeras noticias sobre representaciones públicas de la Pasión, Descendimiento y Entierro de Jesús. La tradición comienza a afianzarse y se pone en marcha un proceso irreversible de desarrollo de la Semana Santa, en el que cada pueblo y cada ciudad de nuestra geografía va a tratar, cada cual con sensibilidad propia, de expresar a través de su participación en las manifestaciones populares su identificación con el Drama del Gólgota.

Pero el fenómeno religioso, cultural y artístico de la Semana Santa necesitaba reunir todavía muchos más ingredientes para llegar a convertirse en lo que hoy conocemos. Paralelamente al desarrollo extralitúrgico de estas manifestaciones populares había arraigado en el pueblo una creciente devoción a la Cruz y a la Sangre de Cristo, los dos elementos que identifican la Pasión y personifican el sufrimiento y el dolor. Corría el año de 1412 cuando recalca en esta ciudad de Medina de Rioseco uno de los más preclaros predicadores que ha tenido España, San Vicente Ferrer, y con el santo levantino llega una nueva forma de entender la relación del hombre con el Dios del perdón y la misericordia a través de una interpretación de la penitencia y la contrición de corazón como la forma más grata al Señor para concedernos el perdón de nuestras culpas. A la fogosidad y convicción de su verbo, añadía el santo dominico el efecto ejemplarizante, pero no por ello menos teatral, de acompañarse de grupos de flagelantes y disciplinantes que recorrían en procesión las calles y que alcanzaron tal auge y popularidad que fue necesaria la intervención de la autoridad eclesiástica para atajar este movimiento, acudiendo al posible error teológico de su planteamiento.

De la experiencia de los flagelantes, la Semana Santa iba a recoger de forma controlada y bajo condiciones impuestas por la Iglesia, su carácter penitencial, y las compañías de disciplinantes dan paso a las cofradías penitenciales, que tras una primera polarización en torno a presupuestos devocionales sostenidos por dominicos y franciscanos acabarían, a mediados del siglo XVI, consolidándose en su forma casi definitiva.

La pervivencia a través del tiempo de la Semana Santa y la absoluta fidelidad a la tradición en una sociedad vertiginosamente cambiante solo puede obedecer a la expresa e inquebrantable voluntad popular de aunar en un todo heterogéneo, pero al mismo tiempo compacto, coherente y cerrado sobre sí mismo, el significado religioso de los actos con la esencia y el sentimiento social y cultural que les sustenta. El pueblo, en su afán por ser protagonista del Misterio de la Salvación, terminó por establecer una forma de alternativa a la liturgia oficial que muy pronto se constituyó en patrimonio de todos y que arraigó en la conciencia ciudadana permitiendo una doble aplicación, por un lado concediendo al pueblo llano la posibilidad de actuar como protagonista en el desarrollo procesional del Drama y, por otro, facilitando el desarrollo individual de vivencias íntimas en la relación de cada participante con Dios. Es aquí donde las Cofradías adquieren su papel de protagonistas y se constituyen en elemento de cohesión social capaz de unificar criterios y aunar voluntades diversas en la consecución de un objetivo común: alumbrar una Semana Santa propia, que responda al sentir del pueblo.

La organización social de nuestras ciudades en la Edad Media obedece a un tejido asociativo sobre la base de las profesiones. Estamos frente al movimiento gremial, un fenómeno de gran importancia en Europa que determinó durante siglos la estructura económica y productiva de los países, condicionó la política y las relaciones internacionales, influyó en el urbanismo de las ciudades, actuó como elemento educativo, formando profesionales y ejerció el mecenazgo sobre las artes. Estos gremios o cofradías, nacidos para la defensa de los intereses profesionales, incorporaban también el elemento religioso bajo la advocación del santo patrón y el ejercicio de la asistencia social y la caridad como corresponde a una sociedad de marcado carácter teocéntrico.

Medina de Rioseco, ejemplo fiel del itinerario histórico recorrido hasta ahora, conoció esta estructura cerrada en torno a las profesiones y de ello es muestra una geografía urbana configurada sobre calles que un día vivieron el alegre bullicio de la actividad comercial y artesanal de carniceros y tundidores, armeros y pescaderos, vendedores de sal o artesanos del cuero. Sobre estos cuerpos sociales se origina con el correr del tiempo las cofradías penitenciales de nuestra

Semana Santa. Tan estrecha y directa es la relación entre el desarrollo gremial de las ciudades y la importancia de su Semana Santa, que podríamos aventurar sin temor a equivocarnos la coincidencia en Castilla y León de los grandes núcleos comerciales del pasado, con las Semanas Santas de mayor importancia artística, cultural y religiosa.

La Cofradía de la Vera Cruz aparece como la primera que se crea en Medina de Rioseco, a ella se suman muy pronto la de la Quinta Angustia y la Soledad de Nuestra Señora. Tras ellas, el espíritu humanitario y de la fe de los riosecanos, se hace patente en la creación de una serie de cofradías adscritas a los pasos que componen la Semana Santa de la ciudad: La Pasión, El Jesús Nazareno de Santiago, la Flagelación, hasta cerrar el Domingo de Pascua el ciclo de desfiles penitenciales con el canto a la Resurrección que representa la cofradía de la Virgen de la Alegría.

Gremio, hermandad, cofradía; en definitiva ayuntamiento de hombres de bien organizados en el marco de unas estrictas ordenanzas que regulan las relaciones internas de los cofrades, al tiempo que velan por su salud espiritual, la ejemplaridad social y en la Fe de cada uno de sus miembros y la práctica de la caridad cristiana. Son quizá la prestación de auxilios espirituales y materiales mutuos entre los hermanos, la creación y sostenimiento de hospitales y capillas y sobre todo la asistencia espiritual en la hora de la muerte las obligaciones más importantes de los cofrades, luego viene la celebración de la Semana Santa y por último, como contrapunto a los días de dolor y pena, la celebración de distintas fiestas que cada cofradía organiza dependiendo de su advocación y devoción.

Este es el factor humano que hace posible las celebraciones de la Semana Santa. Ellos han dado gloria y luz a la fiesta, ellos han sostenido el carácter religioso y la pureza doctrinal de las procesiones, a los cofrades debemos la tarea de allegar recursos, administrar hacienda y «demandar» limosna para engrandecer la cofradía y embellecer los pasos, y, sobre todo, ellos han mantenido viva en el pueblo la llama y el espíritu de la celebración en los momentos difíciles para la religión por los que ha atravesado nuestro país en los últimos siglos. Para ellos, para los que hoy son y para cuantos han sido en la historia

de la Semana Santa de Medina de Rioseco: varas y mayordomos, oficiales y hermanos, quiero que vaya mi homenaje en este pregón y ruego a todos por el eterno descanso de los ya fallecidos, una oración al paso del Santo Cristo de la Paz en la tarde de Viernes Santo.

Dile, imagen, a tu autor
Que me preste la centella
De su fuego inspirador

Exclamaba el poeta frente a las imágenes que en estudiado conjunto escultórico componen los pasos que integran el desfile procesional. Los pasos, esencia de la Semana Santa, síntesis de arte y religión, centro de la devoción popular, imagen que ilumina la fe y que nos abre en el alma la llaga de la emoción ante vuestra Dolorosa de Juni o que nos flagela el corazón ante el Cristo de la Pasión agonizante en la Cruz.

La imaginería de la Semana Santa abandona la primitiva función de la escultura como elemento que interpreta el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo. No estamos ante el Cristo en triunfo ni entronizado en la majestad hierática del Pantócrator. La iconografía que Castilla y León elige para acercarse a Dios es la imagen que rememora los momentos dolorosos de la Pasión de Jesús, es la imagen del hombre-Dios que sufre y que nos ofrece la imitación de su ejemplo como camino de salvación, es la talla de una Virgen mujer, en infinito desconsuelo y dolor humano ante el hijo injustamente ejecutado.

Tuvieron que coincidir dos felices circunstancias para alumbrar el milagro de nuestra imaginería: la fe y la devoción del pueblo y la gubia diestra de un grupo de hombres nacidos para el arte y que constituyeron el más notable grupo de artistas que han coincidido en la historia del arte en nuestra Comunidad. De la mano del prestigio de tres nombres: Berruguete, Juni y Gregorio Fernández, la Escuela Castellana elevó la imaginería de esta tierra a las cumbres de la gloria. En torno a los maestros surge una larga y fecunda serie de discípulos y talleres que sembrarán su obra por todos los pueblos de Castilla y León y consagrarán definitivamente nuestra Semana Santa como la más excelsa y hermosa manifestación de arte sacro que ha conocido pueblo alguno.

De muchos de estos artistas cuenta Medina de Rioseco con obras de excepcional calidad: Juan de Juni, Gaspar Becerra, Berruguete, Bolduque, y los Sierra encabezan una gloriosa nómina de escultores y tallistas cuyas obras constituyen la más singular y valiosa herencia religiosa y artística de los riosecanos.

Con la aportación de los imagineros barrocos, los desfiles procesionales cuentan ya con todos los ingredientes necesarios para impulsar esta nueva forma de piedad religiosa hacía límites desconocidos en el tiempo y para cruzar la historia del arte y de la piedad hasta la consumación de los siglos. La sociedad dispone a partir de ese momento de una nueva Biblia donde el pueblo llano aprende a leer los episodios de la Pasión y Muerte de Jesús, de nada valen razonamientos teológicos, ante el corazón de la Virgen atravesado por siete puñales o ante la agonía punzante de Cristo que se inmola por nuestros pecados en nuestra propia calle, frente a nuestra casa.

Y como no podía ser de otra forma, el pueblo se entregó a esta nueva forma de expresión religiosa, y la feligresía de todas las collaciones se hizo partícipe y protagonista del Drama del Gólgota, y así, en este discurrir de la historia, casi sin darnos cuenta, esta mi querida ciudad de los Almirantes de Castilla entró con todos los honores en la historia de la Semana Santa y se colocó en un lugar de privilegio entre las ciudades de nuestra Comunidad, lugar de honor que desde entonces no ha abandonado.

Apagadas las glorias del pasado, glorias siempre efímeras y banales si no fuera porque sobre ellas se fundamenta gran parte de lo que hoy somos y tenemos, Medina de Rioseco sigue manteniendo un patrimonio cultural y artístico que es reflejo de la pujanza e importancia que en la economía y la política de Castilla y León tuvo esta ciudad.

Envidiada por la soberbia belleza de sus iglesias y conventos, en ellos se atesora un patrimonio difícil de imaginar: pintura y escultura, orfebrería, joyas bibliográficas, marfiles y sillerías, rejas y muebles, oro y pedrería engarzada en los vasos sagrados, orgullo todo ello de los riosecanos que pueden presumir de que su historia no se fue para siempre, sino que un poco de ese pasado se quedó rezagado en el recodo de cualquier calleja y hurtó al destino parte de la gloria que siempre perteneció a este pueblo y a sus gentes.

Pero sobre todo ello, os quedó la fe y guardasteis, arropada entre la penumbra del caserío, la Semana Santa como seña de identidad propia para cuando el tiempo volviera la vista a atrás y el futuro, como Jesús en la parábola del Evangelio, os pidiera cuentas sobre como habéis gastado vuestros talentos. Todo va a estar ahí. Multiplicadas por cien la fe y la esperanza, la piedad y el dolor, en la calle, como siempre, como hace siglos, en este despuntar de primavera fría en el campo y cálida en el corazón. Todo va a estar ahí desde el Domingo de Ramos a la Pascua de Resurrección, como siempre, una vez más como si el tiempo no hubiera existido van a sonar los gritos del pardal y los redobles de los tapetanes y se preparan ya las varas y las insignias, se acondicionan los pasos, ensayan las bandas, y es el tiempo del pregón con el que abrimos de par en par la puerta de la Semana Santa.

«¡Hosanna al Rey de Israel!» le aclamaban los judíos cuando descendía en la borriquilla de Betania a Jerusalén. «Los niños tomaron ramas de palmeras y salieron a su encuentro», así nos relata el Evangelio la entrada en Jerusalén de Jesús, su llegada triunfal y en multitud a la ciudad que, en pocos días, tornará la alegría en lágrimas y la palma en madero para la inmolación. Es el Domingo de Ramos y los habitantes de Medina de Rioseco se engalanan para la misa grande, las cofradías se reúnen para celebrar la Eucaristía y los niños reciben con júbilo la novedad del ramo adivinando en el ambiente el anuncio de algo que va a llegar, que es nuevo para ellos y que es grave, porque el aire de la ciudad está quedo y el cielo parece ajeno a la alegría de la celebración.

La mañana toda es trasiego de cofrades, bullicio de escolares, catequesis viva, abierta a la calle, nervios en los niños que van a componer la Procesión de las Palmas. Desde la Iglesia de Santiago hasta el templo de Santa María hace calle el paso de «La Entrada Triunfal del Señor en Jerusalén», la última escultura incorporada a la Semana Santa de Rioseco, «La Borriquilla» de Mariano Benlliure, un pórtico de jubilosa inocencia como contraste al Drama que ha de venir.

Cánticos y salmos de tradición heredada como aquel «Pueri hebreorum», que nos transporta a las angostas calles de la Jerusalén bíblica, rememorando la escena, cada año con mayor realismo, mer-

ced a la sustitución de los humildes ramos de pino de nuestra infancia por las vistosas palmas que llegan hasta nosotros desde lejanas tierras, por efecto de la omnipresencia del espíritu comercial que domina nuestras vidas.

La Pasión y Muerte del Cristo no es otra cosa que un paréntesis dramático entre dos momentos de alegría. Paréntesis que se abre con la aclamación popular de Jesús como Rey por el pueblo judío, para cerrarse el Domingo de Pascua con el triunfo sobre la muerte del Cristo Crucificado por los hombres. Sólo que en esta cronología de obligado cumplimiento, el Domingo de Ramos no puede evadirse de la inmediatez de los acontecimientos que están por venir y un hálito de tristeza empaña la fiesta y encoge el corazón.

Los gozos y las dichas del Domingo de Ramos se hacen pronto silencio temeroso y dan paso al lunes, martes y miércoles que nos traen un recogimiento expectante, una vigilia que parece no terminar nunca. Son los largos momentos de resignada calma en espera del inicio del Drama. Cuelgan las palmas ya olvidadas en los balcones y ventanas, como testigos mudos de un ayer que se nos antoja lejano e inservible.

Pero las escrituras deben cumplirse y está escrito que el Hijo del Hombre ha de sufrir persecución y muerte en el patíbulo para que se cumpla lo anunciado por los profetas y se haga la voluntad del Padre. Y el pueblo de Rioseco, en su piedad, intercede ante Dios y pide, en su Triduo al Cristo del Amparo y en sus Vía Crucis y celebraciones penitenciales, misericordia para el inocente.

Ha llegado el día y va a cumplirse la hora. Es la tarde de Jueves Santo y la iglesia busca en la liturgia de la palabra la fuerza y el consuelo para enfrentarse a tan difícil trance. Esa palabra es AMOR, el testamento de Cristo sólo puede ser de amor y a él nos aferramos cuando todo parece derrumbarse a nuestro alrededor. «Este mi mandamiento: Que os améis los unos a los otros como Yo os he amado». El testimonio del amor de Dios está a punto de hacerse presente en las calles. Se apagan los cirios de la misa en la iglesia de Santiago y se acallan los ecos de la celebración de la Cena del Señor.

En respetuoso silencio y recogidos en la oración, Varas y Banderines de las hermandades penitenciales, acompañados de los

fieles, trasladan el Santísimo hasta la Iglesia de Santa María para que sea velado por la devoción popular. Desde siempre las Visitas al Santísimo han constituido una de las más importantes manifestaciones de la religiosidad del pueblo, la plácida sensación de acompañar a Dios en su soledad y abandono en la tarde del Jueves Santo sólo puede experimentar la quien ha rezado en el silencio de una iglesia vacía, en esta tarde noche, a la luz mortecina de la lámpara de aceite que anuncia la presencia del Señor.

La Iglesia de Santiago se abre para ofrecernos la visión del Huerto de los Olivos, arranca la comitiva cuando ya las nubes van apagando luces en la tarde. Cristo se recoge en oración pidiendo a Dios que pase de él, el Cáliz amargo de las horas venideras. Es un Jesús de mirada perdida, absorto ante el dolor que no adivina, es un Jesús que se rinde al miedo desde su humanidad e implora al Padre clemencia para él y perdón para los pecadores. Es quizá el Jesús más hombre y más humano de cuantos puede la imaginación representar. De hinojos frente al árbol suda gruesas gotas de sangre mientras el viento juega con las hojas del olivo. El paso de la Oración del Huerto es un canto a la estética sencilla, a la simplicidad de las formas, la exaltación de una figura esbelta, de un Cristo bello, penitente en morado, igual que los cofrades que deslizan el paso abriendo procesión.

El cortejo está en marcha y la ciudad entera presta el decorado de su paisaje urbano al desfile. Por la Calle Mediana aparece la Flagelación, el paso de «los azotes». Cristo en pie soporta la impiedad del mundo. Sangre preciosa que brota de las heridas, el látigo abre las divinas carnes al golpe del sayón embrutecido. Imagen doliente en un rostro abatido por el sufrimiento y el cansancio. El silencio es más denso y la oración se posa entre los espectadores con la suavidad con que se hace la noche. «Misericordia, Señor, Misericordia».

Jesús flagelado y escarnecido, atado a la Columna, titubea sobre el acompasado balanceo de los cofrades. Cristo limpio que sufre en silencio y mira a los lejos, a los páramos que ya no pueden verse, al fondo de la calle o al fondo de las almas. Mirad la hermosura de sus manos vivas, atadas, impotentes, pero vivas. Quedaros para siempre

con la expresión serena de su rostro y el primor de esas manos, todas arte.

Que el pueblo decida. «Ecce Homo». Aquí tenéis al hombre. Ante la imagen de Jesús coronado de espinas, apaleado y escarnecido, Pilatos espera que se aplaque la sed de sangre del populacho, pero la sangre clama sangre, exigen muerte las hordas vociferantes que prefieren a Barrabás. «Crucifícale, Crucifícale, si no le crucificas no eres amigo de Roma». La comodidad nos empuja a lavarnos las manos y dejar que el destino ciego guíe los pasos de la injusticia. Nuestra comodidad tantas veces cómplice de las mayores atrocidades se acurruca en el fondo del alma. Cristo sufre por nuestro miedo, por nuestra indiferencia, por nuestro alejamiento. Que muera un justo más ¡qué importa al mundo!

El velo de la noche se rasga con el son dolorido de las bandas y el eco acompasado del golpear de las horquillas sobre el suelo. El pueblo en los portales, en las aceras y en los balcones van entregándose a Cristo, va recordando y reviviendo viejas Semanas Santas. Casi todo es igual, el tiempo aquí no cuenta, han sido dos mil años y así será por siempre, porque la devoción y el amor al Cristo Crucificado nunca abandonará a las gentes de esta tierra. La ciudad toda es respetuoso silencio, recogimiento, expectante tensión, pasión, amor abierto al llegar los primeros pasos a la Calle de la Rúa.

Nadie que no haya visto elevarse majestuoso sobre las estrechas calles de Medina de Rioseco a Cristo Crucificado, abrazando desde el madero el espacio vital de ciudad, tambaleante en su avanzar lento, casi apoyado en las fachadas, no sabe lo que es una Semana Santa en el corazón de Castilla. Porque Rioseco es sin duda el ejemplo más claro de simbiosis feliz entre la grandeza escultural de las figuras de la pasión hechas para gloria de Dios y el espacio íntimo, recoleto, de tiempo detenido, acogedor y manso de un pueblo hecho para vivir el hombre.

Los Nazarenos de Santiago y Santa Cruz adornan la hermosura de su tallas con el contrapunto de horror de los sayones. La belleza de su rostros: sangre, sudor y clemencia sostiene la mirada perdida al fondo del pecado. Cristos humillados, que aceptan la Cruz para enseñarnos el camino de la verdad, que se encaminan a la agonía abraza-

dos al pesado madero sobre el que cargan con la soberbia y la injusticia. Humildad frente a soberbia, piedad y misericordia frente a la saña y crueldad de los verdugos. Los nazarenos riosecanos son la más bella imagen de la divina mansedumbre y de la resignada aceptación de la misión salvadora para la que el Padre envió a la tierra a su Hijo amado.

El Camino del dolor se alivia con la ayuda de Simón de Cyrene, es un camino lento y tortuoso como la procesión de este Jueves Santo Riosecano. Sobre el pavimento de las calzadas avanza la comitiva del dolor y cada paso titubeante de las imágenes es un peldaño más de Jesús hacia el Calvario. Sobre el monte de la Calavera se culmina el Misterio de la Redención y Cristo es izado en la Cruz. Es la imagen de la derrota hecha arte y devoción en el Cristo de la Pasión, una de las más notables joyas de la imaginería riosecana.

Cristo ha sido crucificado y pende agónico desde lo alto del madero. De nada han servido sus súplicas al Padre, ni el dolor, transido el corazón por los siete puñales de su Madre Dolorosa. En la hora del desconsuelo ha sido negado tres veces por Pedro, ha sido abandonado por todos, las autoridades se han lavado las manos, el pueblo ha preferido a Barrabás y en la amargura de su soledad sólo el cielo cubierto de nubes del campo castellano se compadece de la víctima y viste de luto el crepúsculo del Jueves Santo.

Cristo en su agonía nos dejó para nuestro consuelo la imagen de la Madre Dolorosa. Jamás expresión alguna del arte ha conseguido mayor verismo y sentimiento a la hora de plasmar en un rostro el dolor de una madre por el hijo muerto que en la Virgen Dolorosa de Juni, esta imagen han sido desde siempre el refugio cálido y seguro frente a todas las penas y pesares con que la vida nos fustiga, en sus lágrimas hemos aprendido a sobrellevar el dolor y sobre su corazón hemos descargado las cuitas silenciosas que atenazan el alma y anudan la garganta en el pesar.

La noche y el silencio recoge a los riosecanos tras los últimos cofrades que cierran la procesión. Suena la Salve en el Atrio de Santiago como despedida de la celebración y queda sola la Rúa y la Plaza Mayor que vieron pasar hace un momento a Jesús crucificado. El pulso de la ciudad late lento y la devoción se repliega a los hogares

llevando en la retina las imágenes revividas un año más y escribiendo para la historia personal de cada uno la experiencia siempre nueva con que la tradición y la modernidad confluyen en un mismo sentir a la hora de proclamar por las calles de la ciudad la memoria perpetua que fundamenta las raíces sobre las que se sustenta la fe del pueblo.

El Viernes Santo madrugada en el luto y en el recogimiento. El pueblo se une al solemne Vía Crucis que parte de la iglesia de Santiago, los miembros de la Junta de Semana Santa portan sobre sus hombros la imagen del Santo Cristo de la Clemencia en un recorrido a través de las estaciones con que se rememora una vez más la pasión. Es el momento para la devoción íntima, para el contacto personal con Dios desde la sencillez del acto y nada mejor para esto que la presencia del Cristo de la Clemencia para que se apiade de nosotros, comprenda nuestra humana fragilidad y nos ayude en nuestro caminar por este valle de lágrimas.

Estamos en el día de la palabra, la herencia que Dios nos ha dejado está encerrada en su verbo: «La palabra se hizo carne y habitó entre nosotros». Ahora, a punto de dejarnos, camino del Padre, es necesario recordar su mensaje y su enseñanza, Sermón de las Siete Palabras por la mañana y Sermón de la Pasión por la tarde. La Liturgia se ha quedado sin el sacrificio de la misa y queda sólo el mandato de amor, reflejo del que Dios profesó al hombre entregándole a su Hijo Unigénito.

La tarde congrega a las cofradías al toque de llamada de El Pardal, acompañado de bandas de música, cornetas y tambores. Es el momento del protocolo que precede a la procesión, Vara Mayor, estandartes y autoridades, todo el pueblo congregado en espera de la salida de los pasos desde el Corro de Santa María.

Estamos en la procesión de los «pasos grandes» y de los cofrades vestidos de blanco, momento culminante de la Semana Santa en Medina de Rioseco, Jesús expira en la Cruz y, a la salida de la Crucifixión, el espectador no puede por menos que sumergirse en el drama y compartir el dolor universal que invade el ambiente en este esfuerzo, que es sacrificio personal. Son las imágenes de la tragedia y el dolor en su estado puro. En el desfile penitencial este del Viernes Santo en el Corro de Santa María que lo invade la soledad y el desconsuelo.

El grupo escultórico de «El Descendimiento», de Diez de Tudanca, compone una escena de entrañable belleza y serena resignación en el entorno de tanto dolor y muerte. Todo está consumado y Cristo es descendido de la Cruz para reposar en los brazos de su madre. El Santo Cristo de los Afligidos. El paso de «La Piedad», tocado en su ejecución por una leve iconografía pasionista medieval, nos atrapa en la ensimismada mirada de la Virgen sobre el cuerpo muerto de su Hijo. Dolor contenido en el rostro y lágrimas que se derraman en el alma.

El verso de Gerardo Diego busca refugio en la soledad de la Virgen, brindando compañía a su dolor:

«Dame tu mano, María
la de las tocas moradas.
Clávame tus siete espadas
en esta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía
tarde negra y amarilla.
Aquí en mi torpe mejilla
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata,
esa lágrima que brilla.

Jesús baja al Santo Sepulcro, se funde con la tierra como cualquier ser humano. José de Arimatea entierra la semilla que ha de fructificar el Domingo con la Resurrección. «La Soledad» cierra la procesión. En el ambiente queda el silencio, el vacío y la nada. Ha triunfado la muerte, se han cumplido las profecías, el Cordero ha sido inmolado por nuestros pecados.

Jesús vuelve de la muerte el Domingo de Pascua. La Resurrección da vida y sentido a los acontecimientos vivido en los días pasado. Cristo vive, ha resucitado, doblan las campanas a alegría convocándonos a todos al banquete de la salvación. La vida se encarama sobre la muerte y la alegría hace olvidar el dolor vivido en las jornadas precedentes. La Resurrección nos convierte en hijos de una Iglesia viva, alegre, triunfante sobre la muerte.

En la esquina de Santa María-La Rúa, la Virgen se encuentra con el Hijo Resucitado. Es la Virgen de la Alegría, es el gozo de cofrades y público, es el tiempo para entrar alegremente en la primavera espiritual que nos deja a su paso la Semana Santa.

Tras la celebración de la Solemne Misa Mayor, en Santa María, se van apagando los cirios de la iglesia, y las nubes de incienso se difuminan en la luz del mediodía. Los ecos de la celebración se pierden a lo lejos, como la voz de este pregonero al que no le queda nada más que desear a esta querida Ciudad de Medina de Rioseco y a sus habitantes, que sigan fieles a la fe de los mayores y a la tradición de vuestra solemne y piadosa Semana Santa.

Que Dios nos acompañe a todos en nuestros avatares diarios y que su Santa Pasión sea la fuerza que guíe nuestras vidas, bajo el manto precioso de esa Madre amantísima que es vuestra Virgen de la Alegría.

He dicho

Medina de Rioseco, 27 de marzo de 1999.
San Ruperto y Santa Lidia

COLABORAN:



DIPUTACIÓN DE VALLADOLID



ILTRE. AYUNTAMIENTO DE
MEDINA DE RIOSECO



Junta Local de Semana Santa